

María Dueñas

Las hijas del Capitán

 **Planeta**

PRIMERA PARTE



PROXIMAS SALIDAS

DIRECTO a VIGO, CORUÑA, GIJON, SANTANDER y BILBAO
Vapor "Cristóbal Colón", En. 15, Mar. 20, Mayo 20
Vapor "HABANA".....Febrero 20, Abril 20, Junio 20

Directo a Cádiz y Barcelona
Vapor "Marqués de Comillas"...Feb. 11, Abril 12
Vapor "MANUEL ARNUS".....Marzo 12, Mayo 12

PARA LA HABANA

Vapor "MARQUES DE COMILLAS".....Enero 28

ATENTO Y BUEN SERVICIO PARA TODAS LAS CLASES.

En el pasaje de Tercera está incluido el Billete de Ferrocarril desde el puerto de desembarque hasta cualquier ciudad de España.

PIDA INFORMES A

SPANISH TRANSATLANTIC LINE

AGENCY, INC.

24 STATE STREET, NEW YORK

Teléfono: BOWling Green 9-5150

O A CUALQUIER OTRO AGENTE AUTORIZADO

Seguían vestidas de negro de los pies a la cabeza: los zapatos, las medias, los velos, los abrigos. Tras ellas entró un puñado de vecinas, quizá pensaban que aún no convenía dejarlas solas. Una puso la cafetera al fuego, otra plantó encima de la mesa una lata de galletas; entre murmullos y palabras quedas, se fueron amontonando en la cocina. Sentaron a la madre empujándola por los hombros, ella se dejó hacer. Victoria sacó unas cuantas tazas desparejadas de un armario, Mona se quitó el sombrero que le habían prestado, hundió los dedos entre el pelo y se rascó el cráneo, Luz se apoyó contra el borde de la pila sin parar de llorar.

Acababan de despedir al padre, sepultado bajo una mezcla de barro y nieve en el cementerio del Calvario de Queens: allí reposaría Emilio Arenas para los restos, rodeado de huesos de gente que nunca habló su lengua y que jamás sabría que se iba de este mundo en el momento más inoportuno. En realidad, casi todos los momentos suelen ser bastante poco convenientes para morir, pero cuando uno lo hacía a los cincuenta y dos años, separado de su tierra por un océano y dejando atrás a una familia desarraigada, un mediocre negocio recién abierto y unas cuantas deudas por pagar, la situación se tornaba más gris todavía.

Ni su mujer ni ninguna de sus tres hijas habría sido capaz de recomponer de una manera ordenada cómo se sucedieron los hechos desde que uno de los chavales de la calle subió a zancadas los escalones hasta su cuarto piso y les aporreó la

puerta con los puños. La noticia había corrido como el fuego: un accidente, repetían las voces. Un suceso lamentable. Descargaban el *Marqués de Comillas* en los muelles del East River cuando un gancho mal sujeto provocó la caída de una red llena de bultos. Una desgracia, insistían. Un infortunio atroz.

Fatal head trauma, eso era lo que ponía en el informe médico que andaba por ahí, medio arrugado junto a la estufa de kerosén. Ninguna lo había leído. De haberlo intentado, tampoco habrían entendido nada: estaba redactado en un inglés indescifrable, lleno de formalismos y términos clínicos. Región frontoparietal derecha, fractura con salida de masa craneoencefálica, infiltración hemorrágica. Incluso si hubiera estado escrito en su propio idioma, sólo habrían sido capaces de captar tres palabras. Mortal de necesidad. Y la madre, ni siquiera eso: no sabía leer.

Desde ese instante, en sus memorias apenas quedó grabada una sucesión de fogonazos sueltos. Ellas lanzándose escaleras abajo detrás del muchacho y corriendo luego arrebatadas hacia La Nacional, donde se recibió el aviso. La gente que las miraba desde las ventanas y las aceras, un vehículo de la autoridad portuaria que frenó a su lado con un chirrido de ruedas, el hombre de uniforme que salió acompañado de un trabajador español y las apremió a subir al auto. Las calles a través de las ventanillas a lo largo del traqueteo hacia el Lower East Side, las fachadas por las que zigzagueaban las escaleras de incendios, los transeúntes que pululaban precipitados y cruzaban sin orden las calzadas. La llegada al muelle 8 de la Trasatlántica, el médico calvo que las recibió en ese cuarto que hacía de enfermería y el movimiento de sus labios bajo un bigote ceniciento teñido de nicotina, las palabras que soltó al aire y ellas no comprendieron. Los hombres de ceño apretado que se plantaron a sus espaldas, el cuerpo cubierto por una sábana sobre la camilla, un cubo metálico que desbordaba gasas llenas de sangre espesa y oscura. La madre desgarrada, las hijas descompuestas. La vuelta a casa sin él.

A partir de ahí, las imágenes se les seguían amontonando aunque ya con una cadencia más lenta: el ataúd en el que lo trajeron al apartamento al cabo de unas horas y que por poco se quedó encajado en los ángulos estrechos de los descansillos, los cirios y los ramos de flores sobre peanas bruñidas, grandes e incongruentes, que llegaron desde la funeraria sin que ninguna de ellas las pidiera. La puerta abierta, gente que entraba y murmuraba pésames con acento gallego, asturiano, caribeño, vasco, italiano, griego, irlandés, andaluz. Hombres que bajaban las miradas con respeto mientras se quitaban las gorras, las boinas o los sombreros; mujeres que las besaban en las mejillas y les apretaban las manos. Más lágrimas, más pañuelos, carraspeos y voces que rezaban al fondo del pasillo, donde había quedado instalada la caja con el cadáver maltrecho sobre un par de borriquetas. Hasta que empezó a amanecer.

Volaron las horas en el nuevo día, llegó el traslado a un camposanto lejos de Manhattan, el descenso al hoyo, las paletadas de tierra sobre la madera de la tapa, la enorme corona de claveles con una banda atravesada que alguien encargó en su nombre sin preguntarles: TU ESPOSA Y TUS HIJAS NO TE OLVIDAN. El responso, los vibrantes sollozos de Luz entre el silencio del resto, el adiós. Cayó otra vez la noche temprana con un alboroto de luces, sensaciones y sonidos bailándoles alocados en la cabeza, ya estaban de vuelta deseando que todo el mundo se fuera y las dejara en paz. El trasiego fue flaqueando a medida que se acercaba la hora de la cena, sobre el poyete de la cocina quedó lo que cada cual pudo ofrecerles con sus escasos medios y su mejor intención: una cazuela de albóndigas, una musaka, un pastel de carne, una lechera de estaño llena de caldo de gallina.

Al fin quedaron sólo ellas cuatro para hacerse cargo de la realidad. Remisas todavía a poner en común sus pensamientos, las hijas arrancaron a trastear sin cruzar palabra: abrieron grifos y cajones, pusieron la mesa con el parco menaje de todos los días. La madre, entretanto, se sorbía los mocos por

enésima vez y se pasaba el pañuelo hecho un gurrño por los ojos enrojecidos.

Masticaron en silencio sin alzar las miradas, ni otro ruido que el chocar de las cucharas contra la loza. Y después, cuando en los platos no quedaban más que corazones de manzanas y curruscos de pan, Mona, la más pragmática, levantó los ojos y dijo en alto lo que el barrio entero se llevaba preguntando desde que se supo que el baúl de un anónimo viajero le había partido la crisma a Emilio Arenas, el de El Capitán.

—Y ahora, nosotras, ¿qué?

La madre descargó un puño sobre la mesa con un golpe derrotado. Luego apoyó los codos, escondió la cara entre los dedos huesudos y se echó otra vez a llorar.

Desde que conoció a su Emilio en unas Cruces de Mayo cinco lustros atrás, nunca habían convivido del todo. A temporadas, sí: cuando él desembarcaba en Málaga sin aviso previo cada año y medio o dos, se quedaba unos meses y la dejaba preñada para luego, en cuanto ella empezaba a construir fantasías sobre la posibilidad de convertirse en una familia normal como el resto de los vecinos de su corralón, a él todo se le comenzaba a quedar apretado y otra vez se le agarraba a las tripas esa indómita querencia suya a buscarse la vida partiendo de la nada, como si no hubiera un ayer. Preparaba entonces su petate y una madrugada cualquiera, tras repartir un puñado de besos sobre las frentes dormidas de las criaturas y soltarle unas cuantas promesas difusas a su mujer, se marchaba rumbo al muelle nuevo, en busca de cualquier barco que lo trasladara a la siguiente etapa de su incierto porvenir.

Estibador en los puertos de Marsella y Barcelona, camarero en la plaza Independencia de Montevideo, vendedor callejero en Manila, pinche de cocina en un carguero holandés. Sabía tallar madera y tocaba con gracia la guitarra, imitaba voces, preveía las tormentas y hacía como nadie las cazuelas de fideos. Tenía la piel cuarteada cual barro seco, frente ancha, huesos afilados y un pelo que fue negro y empezaba a escasear por las entradas. Atesoraba conocidos por medio planeta; en

pocos rincones le faltaba alguien dispuesto a darle unas palmadas cordiales en la espalda o a invitarle a un vaso de ron, de ouzo, de pisco, de vino. Al final del día, sin embargo, prefería apartarse del ruido y casi siempre andaba solo, fumando callado bajo las estrellas.

Su mujer, corta siempre de carácter, soportaba las ausencias con mansedumbre y suspiros; sus tres hijas —las que sobrevivieron entre siete embarazos y cuatro partos— adoraban sus regresos cargado de inútiles regalos: un puñal africano, unas maracas criollas, el pellejo de algún animal; nunca le reconocieron que bastante mejor les habría venido una manta o un par de zapatos. Y su suegra Mama Pepa —que había parido diez hijos de un marido bebedor y brutal, y que además acogía bajo su techo a la desamparada prole que él dejaba a su suerte— se pasaba el día diciendo a quien quisiera escucharla que el hombre de su hija Remedios era un irresponsable más grande que el sombrero de un picador.

Ajeno a los directes de la anciana y a los suplicantes reclamos de su mujer para que volviera o se asentara al menos en algún sitio, tras esfumarse de un remolcador del canal de Panamá, Emilio Arenas había recalado en Nueva York a principios de 1929, apenas unos meses antes de la caída de la bolsa y el inicio de la Gran Depresión. Y aunque los años siguientes fueron amargos y duros para el país entero, de una manera u otra él se las arregló a fin de que nunca le faltara trabajo allá o acá: lo mismo descargando buques mercantes que despiezando fletanes en el mercado de Fulton o empujando sobre los adoquines del Downtown —la parte baja de la ciudad— una carretilla de reparto durante el tiempo en que sustituyó a otro compatriota en el almacén de Casa Victori en Pearl Street.

Hasta que los años y las secuelas de sus desbarajustes empezaron a desgastarlo pausadamente, como un cuchillo de sierra sobre una tabla: sin ímpetu arrollador pero sin atisbo alguno de misericordia ni de vuelta atrás. Le dolía la espalda, tosía ronco, no veía bien de cerca, notaba que iba perdiendo

vigor para según qué trabajos. Y, por primera vez en su traqueada vida, la idea de regresar a su pellejo errante y volver a ponerse en movimiento le generaba una extraña sensación de apatía.

A la par de ese desgaste físico, algo nuevo le fue sucediendo por dentro también. Él, que siempre había sido un verso suelto, un tiro al aire indiferente a los dioses, los himnos y las banderas, de una forma inconsciente se iba poco a poco reconcentrando en un entorno cada vez más cercano: replegándose hacia el núcleo de los que hablaban con sus mismas palabras y procedían de un mapa común, adosándose al tuétano de aquella colonia de seres con los que compartía eso que los melancólicos llamaban patria.

Probablemente la culpa la tuviera el hecho de haberse instalado en un cuarto de alquiler en la zona de Cherry Street, el asentamiento de españoles más antiguo de la ciudad. Allí, en el extremo sureste de la isla de Manhattan, frente al waterfront, junto a los muelles, bajo el ruido estrepitoso del arranque del puente de Brooklyn, se concentraban desde finales del siglo pasado varios miles de almas procedentes del mismo rincón del globo. En un principio eran sobre todo gentes del mar: fogoneros y engrasadores, cocineros, estibadores, meros buscadores de inciertas fortunas y montones de simples marineros que embarcaban y desembarcaban en un constante vaivén. La colonia fue después creciendo y diversificando ocupaciones, llegaron parientes, paisanos, cada vez más mujeres, hasta familias enteras que se amontonaron en pisos baratos por las calles cercanas: Water, Catherine, Monroe, Roosevelt, Oliver, James...

En La Ideal compraban chuletas, mollejas y morcillas; con el pulpo se hacían donde Chacón; para el jabón, el tabaco y los trajes hechos iban a Casa Yvars y Casasín; para los remedios, a la Farmacia Española. Los tragos y el café los tomaban en el bar Castilla, en el café Galicia o en El Chorrito, donde su dueño, el catalán Sebastián Estrada, los atendía con sus más

de cien kilos de energía contagiosa y les recordaba un día sí y otro también que la gran Raquel Meller era clienta asidua cada vez que pisaba la ciudad. El Círculo Valenciano, el Centro Vasco-Americano y algunas sociedades locales gallegas tenían por allí sus cuarteles; había sastres, barberías, fondas y tiendas de comestibles como Llana o La Competidora Española en donde hacerse con garbanzos, habichuelas y pimentón. Había en definitiva, entrelazando las idiosincrasias regionales, un mullido sentimiento de comunidad.

En ese entorno encontró su enésimo empleo Emilio Arenas en la primavera de 1935: en La Valenciana, el negocio en la esquina de Cherry con Catherine que se anunciaba como hotel aunque en realidad se tratara de algo infinitamente más elástico y operativo. Multitud de inmigrantes españoles habían desembarcado en Nueva York con tan sólo esa referencia retenida en la memoria o apuntada con mano torpe sobre un trozo de papel: La Valenciana, 45 Cherry Street. La planta superior la ocupaban los cuartos de hospedaje, en la primera había un comedor, y en el piso bajo estaba la tienda con todo lo que los trabajadores de la zona portuaria podrían necesitar para aviarse en sus empeños cotidianos, desde botas de cuero hasta gruesa ropa interior, guantes y zamarras. Al reclamo de cualquier interesado, el propietario de la casa actuaba además como intérprete, intermediaba en la compra de pasajes de barco o giraba dinero a través del océano. Y para beneficio colectivo, en un panel colgado de la pared a diario se pinchaban con chinchetas las ofertas de empleo de la zona, y en una gran caja vacía de puros habanos, a la manera de una humilde y espontánea estafeta de correos, se guardaba la correspondencia procedente de la Península para que los hombres de vida itinerante, sin ataduras ni domicilio fijo, acudieran a recogerla de tanto en tanto a fin de saber de los suyos al otro lado del mar.

Era el de Emilio Arenas un puesto maleable que lo mismo servía para despachar detrás del mostrador que para arrimar

el hombro en la cocina, reforzar la cuota de camareros o hacer recados y trámites. Y fue durante su desempeño, un día cualquiera, cuando escuchó los retazos de una conversación que habría de torcer el rumbo de su porvenir.

Los dos hombres estaban sentados frente a frente en una esquina del comedor vacío, aún era media mañana. A la izquierda, Paco Sendra, el dueño del negocio: alicantino de Orba, uno de los tantos de aquellas tierras de la Marina Alta que llegaron a América en las primeras décadas del siglo. A la derecha, un hombre entrado en años de pelo ceniciento y hombros caídos que Emilio no conocía. Éste era el que mantenía el hilo de la charla con acento del norte; en su hablar mezclaba la frialdad de alguien que expone números y cuentas con el relato sincero de un inmigrante desgastado por la distancia, el tiempo y la soledad. Muchos años, mucha lucha, le oyó decir Emilio mientras les servía sendos vasos de vino y unas rodajas de butifarra. La familia, los ahorros, las ausencias, escuchó al rellenarlos. Ya se iba alejando cuando le llegaron a los oídos otras cuantas palabras sueltas. Cerrar el negocio. Volver.

Veinte minutos después, mientras colocaba una partida de cajas de cerillas en su correspondiente estantería, los observó de reojo al acercarse a la salida. Se estrecharon las manos, Sendra palmeó el brazo al desconocido un par de veces.

—Que haya suerte, Venancio. Vaya usted con Dios.

Emilio Arenas aprovechó que aún no había empezado el ajetreo del mediodía y se escurrió disimuladamente de su quehacer. Con el mandil aún atado a la cintura, mientras metía los brazos por las mangas del tabardo, siguió la espalda cansada del hombre hasta el cruce con New Chambers, a la altura de la barbería de Monserrat.

—¡Oiga, amigo!

El desconocido se giró.

—No ha habido manera, ¿eh?

En realidad le faltaban casi todos los datos, pero había agarrado algo al vuelo y se estaba dejando arrastrar por la más desnuda intuición. Aquel tipo estaba a punto de clausurar una etapa de su existencia y él, por primera vez en la propia, andaba pensando en que le convendría no dar más bandazos y asentarse. Y en medio de ambos extremos, de un individuo que anhelaba alejarse y otro que buscaba apuntalar su estabilidad, había algo que se le escapaba: lo que fuera que el hombre le había ofrecido a Sendra, y que Sendra no había aceptado, y que tal vez a él le podría servir.

Por eso preguntó sin rodeos. Y el otro, con idéntica franqueza, respondió.

—Busco un comprador para el mobiliario usado de una casa de comidas. Mesas, sillas, taburetes. Y menaje: platos, cubiertos, manteles, ollas, cacerolas. Ando preguntando a todos los hosteleros de la colonia que se dedican al negocio, lo dejo a buen precio, ¿le interesa a usted?

Caminaron acompasados en dirección noroeste, relatándose sus respectivas vidas a brochazos mientras recorrían Bowery y Canal Street, atravesando las zonas abarrotadas de los chinos y los italianos, hervideros de almas que se amontonaban para subsistir en angostos tenements, modestísimos bloques de pisos de alquiler.

—Y usted, Venancio, ¿cuánto lleva por aquí?

—Llegué cuando perdimos Cuba, al tiempo regresé a mi aldea un verano, casé con la novia, me la traje para acá, abrimos juntos el negocio. Trabajamos sin respiro, logramos sobrevivir. Pero enviudé hace nueve años, y el hijo mayor marchó para Harlem porque casó con una dominicana, y el pequeño se me hizo representante de cuchillas de afeitar y ahora recorre New Jersey cargando una maleta y apenas para por la ciudad.

Nada le ataba ya a su remoto pueblo cántabro más allá de las nostalgias de juventud y una hermana soltera medio ciega. Y aun así, tras casi cuarenta años de ausencia, creía que era momento de cerrar un ciclo. Plantó entonces una manaza sobre el hombro izquierdo de Emilio: la mano ruda de un trabajador al que ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo ni ambiciones por cumplir.

—Es hora de regresar a casa, aunque sólo sea para ver esos prados por última vez.

Continuaron andando hasta llegar a un pedazo de asfalto que, con otros nombres y otros rostros, volvía a desprender un pulso familiar: la calle Catorce en su tramo entre la Séptima y la Octava avenida, haciendo bisagra entre Chelsea al norte y el West Village al sur. Allí se asentaba otro núcleo de compatriotas; quizá no armaran un enclave tan compacto como el de Cherry Street y alrededores, pero su existencia evidente se notaba en los letreros de algunos negocios, en las voces altas de un par de corrillos, en los saludos entrecruzados, los gritos de las madres llamando a sus hijos desde las ventanas y en el aspecto inconfundible de unos cuantos ancianos que fumaban silenciosos sentados en los escalones de los portales.

No era una zona desconocida para Emilio Arenas; desde que, como tantos compatriotas, acudiera a inscribirse a La Nacional, había estado por allí un buen montón de veces entre-gando pedidos o asistiendo a algún evento. Nunca había en-trado, sin embargo, en el local frente a cuya puerta se pararon los dos.

—Y esto es —anunció el hombre— lo que tengo que ofre-cerle.

Una pequeña casa de comidas ubicada en un semisótano cerca ya de la Octava avenida, en los bajos de un vulgar edifi-cio de tres plantas sin lustre ni atractivo aparente. Sin el me-nor signo externo de nada prometedor.

Fue a todas luces una temeridad tomar una decisión así un martes cualquiera, parados ambos frente a la fachada con las manos en los bolsillos, pero la opción de Emilio resultaba del todo coherente con su trayectoria y su habitual manera de pro-ceder. Embarcarse a la buena de Dios, recalar donde menos lo esperaba, cambiar de oficio, llevar anclas, volver a asentarse. Aquélla había sido su tendencia: dejarse llevar por lo que la vida le pusiera por delante, sin voluntad, sin criterio, hasta que el viento soplara en otra dirección. Y en aquel día de principios de noviembre de 1935, una imprevista corriente le había llevado hasta la calle Catorce, aquel pedazo de pálido cercano, empo-trado entre dos grandes avenidas de la inmensa Nueva York.

Sin pensarlo apenas ni concederse un tiempo prudencial para sopesar la viabilidad del asunto, en un puro arrebato ca-rente del mínimo poso de reflexión, así fue como Emilio Are-nas decidió no sólo quedarse con el mobiliario y los enseres de su viejo compatriota, sino proseguir también con el negocio. Esa misma tarde habló con la dueña del inmueble, una viuda holandesa de la cercana Horatio Street; se entendieron me-dianamente y acordaron mantener el precio del alquiler. Algo había ahorrado en el tiempo que llevaba sin volver a Málaga: con eso podría comprarle a Venancio Alonso el contenido que dejaba y pagar la renta del primer mes.

Se instalaría a vivir en el almacén trasero, pensó, para ahorrar el coste del hospedaje en la pensión Garay de Cherry Street; allí le cabría un camastro, no necesitaba más. Duplicaría las horas de trabajo en La Valenciana y, a la vez, sacaría el local de su estado lamentable con sus propias manos. Habría que raspar techos y paredes, revocar la fachada, algo de albañilería, arreglar grifos, pintar. Y cuando todo estuviera listo, él mismo se encargaría de ir cada madrugada a comprar pescado al mercado de Fulton donde trabajó un tiempo y donde aún mantenía contactos para hacerse con producto barato. Cocinaría luego al estilo de su tierra y lo mezclaría con otros sabores y maneras que a trompicones había aprendido por acá y allá. Serviría almuerzos y cenas para la gente del barrio a precios modestos, pondría una barra en un lateral... Todo le pasó por delante de los ojos en una secuencia deslavazada, hasta que la voz rocosa del viejo le cortó la fantasía.

—Aunque el nombre, digo yo, igual debería cambiarlo.

Emilio Arenas fijó la vista en el letrero. O, mejor dicho, en lo que quedaba de él. EL CA... A partir de ahí, el resto de las letras estaban caídas, en consonancia con el alma del negocio.

—Lo arrancó un vendaval hace un par de inviernos, ya no lo arreglé —aclaró el propietario encogiéndose de hombros—. Hasta entonces ponía El Cántabro, que es como a mí me llaman por aquí. Pero me temo que a usted, con ese acento andaluz que gasta, el nombre no acaba de cuadrarle.

Cierto, pensó Emilio. Si optara por seguir con la costumbre, lo natural sería llamarlo El Malagueño, pero tampoco tenía él un particular deseo de ese protagonismo tan evidente. Podría ser quizá El Calamar, y así aprovecharía las pocas letras iniciales que quedaban intactas. O El Canasto, o tal vez El Cacique. Aunque, bien pensado, aquellos nombres le resultaban tan ajenos como esa Cantabria remota en la que jamás había puesto un pie. El Ca, Ca, Ca..., musitó entre dientes. Y entonces le vino a la cabeza un nombre rotundo para un proyecto ilusionante: algo que él nunca llegó a ser porque jamás puso

la menor ambición en ninguno de sus empeños. Ahora sí, sin embargo. Por primera vez había trazado una proyección voluntariosa hacia algo mejor, superior. Y por eso, él, que siempre careció de mando o rango alguno, decidió llamarlo El Capitán, sin imaginar que aquél sería el apodo por el que se le empezaría a conocer a partir de entonces en el barrio.

Así fue como su propósito echó a rodar, mientras un Emilio desconocido emergía con brío desbordado ajeno a las fatigas y los desalientos. Y así fue atravesando el otoño del año 35 con energías renovadas, como un rompehielos, trabajando catorce horas diarias, cruzando constantemente y siempre a la carrera entre su mundo nuevo en la calle Catorce y su viejo mundo del Lower East Side.

Hasta que en alguno de aquellos días, puede que en medio de una tormenta o de una angustiosa calma chicha, quién sabe, dos cartas se cruzaron en algún punto impreciso del Atlántico: la que, aliñada con unas cuantas faltas de ortografía, Emilio Arenas escribió a su mujer y la que su mujer analfabeta dictó a una vecina para que le llegara a él.

Quizá incluso, aun separados por la inmensidad de un océano, las abrieron al alimón.

Hay buenas noticias, Remedios, decía él optimista en la misiva que partió dentro de una saca desde Nueva York. Voy a asentarme, como tú siempre has querido... Trabajaré noche y día... Ahorraré... Volveré cuando llegue el momento...

Hay malas nuevas, Emilio, decía ella multiplicando su habitual pesimismo en aquellas cuartillas que surcaron las olas en el sentido contrario, franqueadas por sellos de la República Española. Ha muerto Mama Pepa y nos desahucian del corralón... No tenemos adónde ir... Cada vez me cuesta más trabajo hacer carrera de tus hijas... Son ya unas mujeres, han crecido sin norte, no van bien encarriladas... Que no se te olvide que tienes una responsabilidad.

Acababa de entrar en La Valenciana cuando remató la lectura de las últimas frases, aún llevaba la gorra puesta. Se la

quitó despacio, se rascó la cabeza clavándose fuerte las uñas sucias. Después, con las novedades calientes arrugadas en un puño, se acercó al mostrador.

—Señor Sendra, necesito cuatro pasajes a cuenta, pídalelos usted a don Valentín Aguirre, hágame ese favor. Pero vaya por delante que no sé ni cómo ni cuándo se los voy a pagar.